

Esquines, ΤΡΙΤΑΓΩΝΙΣΤΗΣ.

Un orador degradado

Traidor a su patria. Político derrotado por el oro macedonio. La figura del ateniense Esquines ha sido a menudo abordada a través del tamiz de la invectiva de su compatriota Demóstenes, considerado último defensor de la libertad de la polis griega.

Los eternos juicios y disputas entre ambos, representantes de facciones e ideologías encontradas, han determinado la imagen que tenemos de nuestro autor, siempre a la sombra de la deslumbrante retórica de Demóstenes, considerado el mayor orador de la antigüedad griega. Su mayor estima ha convertido a Esquines en objeto de crítica a lo largo de la historia. No obstante, la revisión actual, más objetiva, hace que autores como Leone, Orban o García Ruiz lo consideren un político pacifista e íntegro, cuyo fin último era el bien de su patria.

Esta revisión ha afectado también al contexto histórico, el paso de la época Clásica a la época Helenística, momento que simboliza la crisis de la polis, de su tradicional independencia y de la democracia. La revaloración del periodo helenístico, prolífico en múltiples campos, ha dado paso a una visión más precisa del siglo IV como un siglo de cambio, de transición, donde muchos de los ideales nacidos anteriormente llegan a su máximo esplendor o toman nuevos derroteros, entre los que surgen planteamientos innovadores. En el campo de la política, que ahora nos atañe, asistimos al declive de un sistema desbordado y exhausto, pese a los intentos de oradores como Demóstenes.

En todo ello se suele tomar como referencia la polis de Atenas, con lo que incurrimos en el riesgo de generalizar al mundo griego lo ocurrido en una sola ciudad. En cualquier caso, sólo en ella contamos con suficiente información, y es allí donde nace nuestro autor. En Atenas se impone un progresivo desinterés de los ciudadanos por la vida política y la participación ciudadana, frente al activismo político del siglo anterior. Se impone un creciente individualismo, reflejado no sólo en la política, sino también en áreas tan diversas como la literatura, la filosofía, el arte... Se extiende especialmente una sensación de desidia ciudadana, que en la Atenas del siglo IV se plasmó en la dejación y alejamiento de las tareas públicas y militares por parte de la sociedad. Esquines es, en última instancia, un reflejo de estos cambios.

En este contexto, surge en la polis un grupo de personas dedicado a la vida política de forma profesional, desempeñando una labor deliberativa a la vez que judicial, con la producción de discursos orientados a una u otra esfera. De ello surgirán los grandes políticos del momento, entre ellos Demóstenes y Esquines, líderes de primer orden bajo cuyo halo se agrupan otros tantos, conformando las facciones políticas, corrientes de pensamiento e ideología establecidas desde *symposia* y debates de salón, aún lejos de las disciplinas de partido actuales. Todo ello en el contexto de la democracia ateniense, en que la vida giraba en torno a la palabra, y era ésta el medio para persuadir a la multitud, imponer una corriente política y de actuación, e incluso de alcanzar reputación y fortuna.

Sin embargo, todo ello se producía en un momento en el que Atenas perdía poco a poco su peso político, frente a advenedizos que entran en escena con una fuerza desmesurada. Era el caso de Macedonia.

Esquines fue uno de los grandes oradores clásicos, compositor de discursos que él mismo pronunciaba. Representó al conocido como partido de Eubulo o partido de la paz primero, y posteriormente partido promacedonio, favorable al entendimiento con Filipo, a la postre acérrimo enemigo de Atenas. Allí nació, hacía el 390/389 a.C. Para conocer su juventud debemos antes descartar las mentiras y calumnias que le dedica Demóstenes, en un mundo en que la descalificación era la forma más lícita de atacar a un adversario político. Esquines participó en las actividades militares de su polis, participando en las grandes campañas de Mantinea y Eubea, donde obtuvo distinguidos honores como prueba de su valor. Desempeñó también puestos menores como secretario de magistrados, lo que le permitió entrar en contacto con altos personajes influyentes, en especial con Eubulo, cabeza de la facción moderada. Un dato curioso, fue al mismo tiempo actor de tragedias, y participó en la representación de *Antígona* de Sófocles y *Hécuba* de Eurípides, entre otros.

Esquines alcanzó su posición política gracias a la amistad con Foción, destacado general, y Eubulo, destacado líder político que supo rodearse de las personas adecuadas y en cuyas filas militaría incluso el propio Demóstenes. Esquines mostró desde el primer momento una gran capacidad oratoria, don del que carecían muchos y para el que ya estaba preparado, fruto de los conocimientos legales y administrativos del secretario de magistrados; de la formación lingüística y retórica propia del hijo de un maestro; del demostrado patriotismo y valor del hoplita leal; de los contactos adecuados; y de la voz y la capacidad de enfrentar al público del actor. Armas fundamentales a ejercer en la arena política ateniense, donde el discurso en la Asamblea era la mejor arma.

El contexto histórico en que entra en escena no podía ser más nefasto para Atenas, que vio fracasar estrepitosamente su Segunda Liga Marítima tras la derrota en la *Guerra Social* (357-355 a.C.). La causa de tal derrota, antes incomprensible, era el estado de sus arcas. De ahí que surgiera con fuerza un partido moderado más realista, reacio a cualquier aventura exterior y a cualquier veleidad imperialista. Esquines, junto a Eubulo, Foción o Isócrates, entre otros, tienen como objetivo la disminución del gasto público, en especial de los más gravosos, los destinados a la guerra. De ahí que sean llamados pacifistas, que no debemos confundir con el pacifismo de nuestros días. Desafortunadamente para Atenas y para ellos, surge en el horizonte una nueva figura, Filipo de Macedonia, quien se perfila como potencia hegemónica en Grecia. Un papel que Atenas había ejercido alternativamente con Esparta y Tebas hasta entonces.

Filipo, ya desde su ascenso al trono, le disputó a Atenas su primacía en el Norte y jugó un doble juego en el que repartía una de cal y otra de arena. Supo aprovechar siempre la debilidad del contrario, en el caso de Atenas su derrota en la Guerra Social, su debilidad patente y la presencia de una facción partidaria del entendimiento y contraria a la guerra.

Esquines entra en el juego político en un momento clave en que Filipo tensa voluntariamente la cuerda de los acontecimientos. Tras su expansión por Tracia, Tesalia e Iliria, amenaza por fin a Olinto, valedora y aliada de Atenas en el Norte y último obstáculo entre Macedonia e

intereses clave atenienses. Sin embargo Filipo, en un nuevo golpe de timón, solicita la paz a Atenas, gesto de buena voluntad, aprobada de inmediato y celebrada incluso por Demóstenes, pese a la previa publicación de varias *Olintíacas* contra Filipo. Sin embargo, la tardanza en su firma o, más probablemente, la premeditación de Filipo, nos muestran la ciudad de Olinto arrasada y sus ciudadanos vendidos como esclavos. La reacción ateniense, obvia, fue el giro de ciento ochenta grados, en lo que colaboraron los discursos encendidos de Demóstenes contra el que considera ya el verdadero enemigo de su ciudad. Sin embargo, Atenas necesitaba ayuda, y el propio Eubulo presenta una propuesta para enviar delegados a todas las ciudades griegas. En la defensa de tal propuesta aparece un orador brillante salido de la nada, que consiguió la aprobación de todos los atenienses con tal brillantez que incluso fue encargado de dirigirse al Peloponeso en busca de aliados. Fue el deslumbrante inicio político de Esquines.

Pronunció poco después un gran discurso ante la Asamblea arcadia, donde defendió la formación de una coalición panhelénica frente a Filipo. Pero allí no obtuvo el mismo resultado. Las ciudades se encontraban desunidas, enfrentadas entre sí, poco dispuestas a una unión contra un enemigo común aún lejano, y presa ya de la hábil diplomacia macedonia, la cual incluía abundantes sobornos.

Resulta llamativo que la entrada de los dos grandes oradores de este tiempo se llevara a cabo en la defensa de ideas enfrentadas a las que defenderían después. Demóstenes partidario de la paz a ultranza en el partido de Eubulo tan solo unos años antes. Esquines, férreo enemigo de Filipo ahora. Con el tiempo Demóstenes le acusará de haber abandonado esta postura política, en un momento en que ya conocía el peligro que suponía Filipo, y todo para entregarse a la causa macedonia (XIX 302). La respuesta de Esquines, la defensa de los intereses de su ciudad en función de cada momento (II 164).

Tras la evidente derrota ateniense en el campo de la diplomacia, se vuelve a buscar la paz con Filipo. Un bandazo político forzado por las circunstancias y que aceptó hasta el propio Demóstenes. La respuesta positiva es celebrada de nuevo con entusiasmo, con Demóstenes a la cabeza. Filócrates propone en la Asamblea la elección de diez embajadores que negociasen la paz y la alianza con Macedonia. Esquines y Demóstenes están entre ellos. El primero representó nada menos que la opción más crítica con este acercamiento, defensor de la unión panhelénica antimacedónica mostrada en Arcadia. Por el contrario, Demóstenes estaba en la línea favorable a un entendimiento al menos temporal, dada su proximidad a Filócrates.

La paz sería firmada en términos poco favorables para Atenas, pero daba al menos por concluida la guerra y obtenía un *statu quo* en el Norte, región de vital importancia para Atenas. La ciudad no estaba en situación de negarse, y Filipo, Demóstenes y Esquines lo sabían. Parecía al menos que Filipo mostraba una buena disposición, lo que tomará Esquines como punto de partida para su futura actuación política.

Una vez se aprobaron los términos de la llamada *Paz de Filócrates*, se mandó una nueva embajada a Pela para que Macedonia firmara a su vez el acuerdo. Sin embargo, esta segunda embajada se demoró por motivos desconocidos, y Filipo lo aprovechó para aumentar sus conquistas en Tracia, lo cual sería motivo de acusación de Demóstenes contra Esquines, a quien creía ya en connivencia con el macedonio y por tanto traidor a su patria. La divergencia entre ambos políticos era ya patente en esta segunda embajada.

Esquines propuso entonces una línea de actuación que entonces no se vio con malos ojos, pero que a la postre significaría la derrota de Atenas, a saber: la cesión fáctica de la Grecia Central (ya perdida de antemano en una Guerra casi finiquitada por Filipo y sus aliados, y que acercaba demasiado a Filipo a Atenas) y la propuesta de una política contraria a Tebas, hasta entonces teórica aliada de Filipo y poco favorable a Atenas. No vio, o no quiso ver, que ahora Tebas era el único estado tapón entre Macedonia y Atenas. Seguramente lo hizo no por colaboracionismo sino por sentido práctico y realista. Al fin y al cabo Tebas era una enemiga tradicional. Esquines esperaba que Filipo actuara en la Grecia Central sin especial prejuicio de los intereses de Atenas. El monarca le había causado buena impresión y le había transmitido cierta admiración por Atenas, argumentaba Esquines. Sin embargo Demóstenes lanza una nueva acusación, esta vez contra los embajadores y especialmente contra Esquines, que despierta sospechas: la de haberse vendido al oro macedonio, al que ya habían sucumbido muchos. Ciertamente coincide con un momento en que este oro macedonio había captado ya, o estaba captando, numerosos políticos en todo el mundo griego. De haberse producido realmente dicho soborno de Esquines, el momento era este, lejos de los ojos de los ciudadanos. Sin embargo, la imagen que se tiene de Filipo en 346 no es la que se tendrá diez años después, e incluso figuras como Isócrates o Espeusipo encumbran a Filipo.

La acusación de soborno presentada ante la Asamblea fue frenada *in extremis* por un discurso del propio Esquines. Curiosamente vino propiciada por la descalificación personal del acusador, acusado a su vez de vender su cuerpo en las calles del Pireo. Sea como fuere, es este el punto vital de inflexión en la carrera de Esquines, que determina una posterior deriva hacia puntos de vista cada vez más cercanos al macedonio, lo que suscita ciertas dudas.

La política de Filipo se endurece: tras poner fin a la *Guerra Sagrada* en la Grecia Central, atraviesa las Termópilas, amenazando así indirectamente a Beocia y Atenas. Mostró una actitud dura con los vencidos, antes aliados de Atenas, y asume sus asientos en la Anfictionía, lo que suponía la imposición real de su poder sobre toda la Grecia Central, en detrimento de los que esperaban una política más suave. La corriente antimacedonia cobra fuerza en las calles. Pese a todo, Esquines y con él, el bloque promacedonio, apoyan abiertamente la paz, frente al rechazo de Demóstenes. Filipo, una vez más, lleva a cabo una política de hechos consumados que Atenas sólo podía aceptar a regañadientes.

Le siguen a esta situación conflictiva varios años de paz, si bien la sensación que persiste en la ciudad es de tensión. Tensión que terminaría estallando unos años más tarde, con los sucesos del Quersoneso y la amenaza de Filipo a los intereses de Atenas. Los asedios de Bizancio y Perinto, los ataques a la flota ateniense y el apoyo a tiranos opuestos a Atenas terminan con los pocos apoyos que tenía Esquines entre la población.

Entre estos sucesos, serían precisamente las palabras de Esquines ante el consejo de la Anfictionía las que desencadenarían los hechos definitivos, al proponer un castigo para la ciudad de Anfisa, a la cabeza de la cual quedó nombrado Filipo. Corría el año 338 a.C., y este hecho menor a primera vista ponía en bandeja al macedonio el acceso a Tebas y Atenas. Demóstenes lanza nuevos discursos ante la asamblea ateniense y ante otras poleis, que encienden los ánimos en buena parte de la Hélade y gana numerosos aliados para Atenas y Tebas, que sentían ya el aliento del macedonio. El resultado de todo ello sería la gran batalla de Queronea de aquel

mismo 338, cuyo resultado supuso, de acuerdo con numerosos historiadores de la época, el final de la independencia tradicional de la polis griega, el ocaso definitivo de la estrella ateniense y la imposición definitiva de Macedonia en la Hólade, imposición capitaneada por Filipo y que heredará en poco tiempo su hijo, Alejandro Magno.

Esquines había mantenido la defensa de una política más comedida que la preconizada por Demóstenes, que demostró conducir a Atenas a la derrota, y sin embargo la catástrofe de Queronea le llevó definitivamente a su final político. Se produjo con la derrota en el proceso sobre la corona, iniciado tras la batalla y concluido pocos años después, en 330 a.C. Demóstenes, pese a la derrota, obtuvo la corona honorífica de la polis. Esquines inicia entonces un proceso contra tal honor, pero no alcanzaría ni siquiera la quinta parte de los votos favorables en la resolución de la acusación. Ello supuso la pérdida sus derechos civiles y su final político, lo que lo movió al exilio. Había perdido el apoyo de sus conciudadanos. Ya no volvería a Atenas nunca más. Murió en Samos a los 75 años, lejos de su patria.

Pese a las dudas suscitadas, algunos autores defienden que su política filomacedonia fue fruto de su realismo político y de su lealtad y patriotismo. Patriotismo que ya había demostrado en su juventud, y en muchos de los valores e ideas defendidas en sus discursos, pero que inician en aquel punto de inflexión de la embajada una deriva peligrosamente sospechosa. La acusación de corrupción y otras similares que se han sostenido contra él no pueden ser probadas de un modo fehaciente, como tampoco pueden ser desmentidas. Argumentemos que Esquines carecía de la perspectiva política que desvelaría las intenciones imperialistas de Filipo. ¿Habría subsistido la grandeza de Atenas de haber seguido la línea propuesta por Esquines? Es difícil de saber, pero resulta fácil imaginar a Filipo cerrando el cerco en torno a la antes grandiosa Atenas, condenada sin saberlo.

Jorge Juan Moreno Hernández